

PREGÓN de NAVIDAD 2017-18 en CICCP

Manuel Ríos Pérez

*“¿Qué suena hacia el portal que no es el viento
banal de tantas noches con aullido?”*

*“¿No parece que lleva entretejido
un llanto de cristal que no es lamento?”*

*Arañan los pastores el aliento
buscando la razón de aquel sonido:
“¿Será tal vez un pájaro en un nido
rozando con sus alas su aposento?”*

*Un ángel les conduce el pensamiento:
“¡Vayamos a Belén, que ya ha nacido
del árbol de David su Vivo Adviento!”*

*“Pues dicen que a la muerte ya ha vencido,
¡vayamos a Belén con gran contento
y oigamos el sonar de su latido!”*

Compañero Decano-Presidente del Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos en Andalucía, Ceuta y Melilla, restantes colegas, amigos todos, amigas y familia.

Muchísimas gracias, querido Abraham, por las cariñosas y elogiosas palabras que me has dedicado en tu presentación; no me cabe duda de que proceden mucho más del afecto mutuo que de mis limitados merecimientos. Quiero además agradecerte públicamente que me hayas propuesto para anunciar, en nuestro Colegio, la conmemoración del acontecimiento más trascendente de toda la Historia de la Humanidad. Me resulta muy grato y muy honroso, aunque conlleve una inevitable responsabilidad, que asumo -¡qué remedio!...- como un reconfortante deber colegial. Pero sobre todo -créeme- supone para mí un honor inmenso.

También hago extensiva mi gratitud a los presentes por vuestra asistencia y, sinceramente, tengo miedo de que pueda defraudaros en algún momento o quizás incluso durante gran parte de mi charla.

Porque todavía tengo grabado en la mente el extraordinario Pregón con el que nuestro compañero Juan Saura nos deleitó el pasado año. Fue tan auténtico, tan emotivo y tan sentido como lleno de religiosidad, de añoranzas y de humanidad...; hasta se le saltaron las lágrimas y proyectó preciosas imágenes, que no sólo lo adornaron vistosamente sino que además lo enriquecieron profundamente. ¡Qué alto colocaste el listón, admirado Juan, qué difícil me lo has puesto! Tendré que pasar... por debajo.

Además, para no plagiarle mucho, así como por honestidad conmigo mismo, he de ceñirme con amplitud al enfoque religioso. La verdad es que esto no me agobia en absoluto, pues confieso que soy un cristiano muy convencido, aunque respeto y respetaré siempre las creencias o las no creencias de cada uno.

Pero es que nadie puede negar que el fundamento esencial -el auténtico sentido- de la gran Fiesta que se nos avecina, radica en el hecho histórico del Nacimiento de Jesús de Nazaret (el Dios-Hombre) que se encarnó por amor para salvarnos y hacernos feliz eternamente.

Por su hondura y belleza, no debo mermar la rememoración rigurosa de lo que sucedió hace más de 2000 años, aun reconociendo que es de sobra conocido.

En cualquier caso, procuraré que mi anuncio se encuadre en las siguientes coordenadas: historicidad, sinceridad, realidad y humildad.

Este último vocablo me da pie al arranque narrativo. Porque... ¿no es la humildad uno de los grandes misterios de las Navidades? Veréis.

En la Tierra todo comienza con la Anunciación del Ángel Gabriel a María, la jovencita prometida de José, un humilde carpintero que pertenecía a la estirpe de David. Esta virgen quinceañera vivía en Nazaret de Galilea, donde se le presenta por sorpresa el Ángel enviado de Dios y le dice: «Alégrate, María, llena eres de gracia pues el Señor está contigo». Ante tales palabras, la Virgen se quedó desconcertada... y algo asustada. Gabriel se apresuró a tranquilizarla: «No temas, María, porque Dios te ha elegido para ser la madre de su Hijo». María no lo entendía y le preguntó: «¿Cómo puede suceder esto?». El Ángel le respondió: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso el Niño que nazca, al que llamarás Jesús, será el Hijo de Dios».

Supongo que entonces la mente de la Virgen se inundó de lucidez y de humildad, pues respondió dócilmente: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra». En ese instante, la eterna idea de Dios Padre para salvar al hombre de sus culpas, se hace humana en el vientre de María con la Encarnación -por obra del Espíritu Santo- de la 2ª Persona de la Santísima Trinidad, del Hijo de Dios, de su Verbo, de su Palabra.

El sí de María abre, por tanto, el pórtico de la Redención y nos coloca precursoramente en el atrio del Cielo. Al mismo tiempo, la Encarnación es obviamente el inicio de la Navidad.

A veces no llego a comprender cómo la Iglesia no realza aún más la festividad de la Anunciación, que celebra con lógica el 25 de marzo, nueve meses antes del 25 de diciembre, la fecha fijada desde el siglo IV para la conmemoración del Nacimiento de Jesús. Quizás se haya querido concentrar en "el día de Navidad" la festividad del Dios hecho Hombre para que la celebración de este misterio sea más intensa, más densa, más vivida.

Para reforzar la extrema importancia de la Anunciación del Ángel y la Concepción de Jesús en el vientre de María, recuerdo que por el mundo cofrade sevillano circula desde hace tiempo un chispazo humorístico en el que se da por hecho que si la sentencia de Poncio Pilato no hubiera sido la que fue, se habría "cargado" la Semana Santa de Sevilla. Y yo -en paralelo- me pregunto, algo menos jocosamente, qué habría sucedido si la Virgen no hubiera aceptado ser la Madre de Dios: ¿Ni Navidad, ni Pasión, ni Resurrección? ¿Ni Redención?... Es también, obviamente, pura broma.

La grandeza de la Anunciación-Encarnación sí que la entendieron bien los grandes pintores, como Da Vinci, Fra Angélico, el Greco, Murillo etc. Fijaros que sólo en el Museo del Prado hay más de 150 cuadros interpretando este crucial acontecimiento que se narra en los Evangelios.

¿Y los poetas? Pues también. Me encanta especialmente el extenso y precioso poema de García Lorca que comienza diciendo «Un bello niño de junco»; lo intermedia escribiendo «Las guitarras suenan solas/para San Gabriel Arcángel,/domador de palomillas/y enemigo de los sauces./¡San Gabriel!: el niño llora/en el vientre de su madre»; y finaliza:«Ya San Gabriel en el aire/por una escala subía./Las estrellas de la noche/se volvieron siempre vivas».

Otro ejemplo de más actualidad lo encontramos en Youtube con el magnífico vídeo que recoge el concierto de villancicos interpretado en diciembre de 2010 por Manuel Lombo desde el Altar Mayor de la Catedral de Sevilla y en el que incluyó el de la Anunciación: «Estando la Virgen María sola en su aposento...»; como se dice popularmente, ese prodigioso y precioso villancico -con la música de los campanilleros- “pone los vellos de punta”.

Pero sigamos la línea de esta maravillosa historia. Como todo ser humano, el Dios-Hombre (o el Hombre-Dios) se fue desarrollando en la matriz de la Virgen. Y José -tras las tranquilizadoras palabras del ángel durante un sueño- la tomó definitivamente como esposa.

Pero he aquí que el emperador César Augusto ordena a todos los habitantes del país que han de censarse en su ciudad de origen. Por ello, José y María en cinta emprenden sobre un asno el camino desde Nazaret a Belén de Judea (unos 130 Km. en pendiente) a través de la montañosa Samaria. Otra demostración de humildad.

Llegan a Belén y no encuentran alojamiento; las posadas, están abarrotadas. Así que tienen que pasar la noche en un establo, al que solemos llamar “Portal”. Y es allí, en ese ambiente de extrema pobreza, donde nace el Niño Jesús, el Hijo de Dios Todopoderoso. Esta aparente paradoja no sucede por azar, pues se cumplieron así varias profecías del Antiguo Testamento.

Bien. Ya está el Niño-Dios en la Tierra. La Virgen lo cubre con tiras de tela a modo de pañales y lo acuesta en un pesebre, o sea. en una especie de cajón donde echaban la comida a los animales. Allí se encontraban una mula y un buey, como lo figuramos en nuestros Nacimientos o Belenes. Todo parece sencillo pero no deja de ser impresionante. Más humildad no cabe.

Cuentan también los Evangelios que en esa región acampaban unos pastores que vigilaban por turno sus rebaños durante la noche y a quienes de pronto se les apareció un Ángel envolviéndolos con su luz celestial. Ellos sintieron un gran temor, pero el Ángel les dijo: «No temáis, porque os traigo una alegre noticia para todo el mundo: Hoy, en la ciudad de David, ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor, y os servirá de señal que encontraréis a un niño recién nacido cubierto con pañales y acostado en un pesebre». Junto a este Ángel, apareció una multitud de ángeles que alababan a Dios, entonando: «¡Gloria a Dios en el Cielo, y en la Tierra paz a los hombres amados por Él!». Los ángeles regresaron al Cielo mientras los pastores se decían unos a otros: «Vayamos a Belén, y veamos lo que ha sucedido, lo que el Señor nos ha anunciado».

Aquí pude ubicar el soneto propio con el que inicié este modesto Pregón, para continuar añadiendo que los pastores se marcharon rápidamente a la ciudad y encontraron a María y a José junto al recién nacido acostado en el pesebre. Tras contemplarlo, los pastores se volvieron, alabando y glorificando a Dios, al tiempo que contaban todo lo que habían oído y visto; y quienes les

escucharon quedaron admirados de cuanto les decían. Mientras tanto, la Virgen María guardaba dentro de su corazón, entrañablemente, todo lo que había sucedido.

Aunque aún no ha finalizado el relato, debo hacer un alto en el mismo para preguntarnos:

¿Qué fue real y profundamente lo ocurrido?

Contesto conjugando lo que observo, pienso, siento o creo:

Que Jesús, el Niño que dormía en el pesebre, participaba a la vez de la naturaleza divina y de la naturaleza humana (Dios y Hombre verdadero rezamos) pues era hijo de María y -por obra del Espíritu Santo- lo era también del Dios Omnipotente, del Ser que en el big bang impulsó el tiempo y el espacio, dando lugar a un universo en evolución, tan increíblemente inmenso como maravilloso. En él se encuentra la diminuta Tierra, donde nació Jesús, donde la belleza se muestra de muy distintas formas y donde la inmensa diversidad de seres vivos que la pueblan se reproducen de forma prodigiosa. Donde nacen y mueren. Y donde habita uno -hombre o mujer- que es materia (el cuerpo) y espíritu (el alma), que es inteligente, racional y responsable de sus actos, por ser libre, poseer conciencia y capacidad de amar. Esto es importante, junto al Amor y a la Misericordia divina, para intentar entender por qué y para qué “se abajó” tanto el Ser Supremo, el Dios Infinito.

Y es que ese Ser Supremo es sobre todo Amor, Amor con mayúscula, y -por tanto- nos ama sin límites y quiere, por su inmensa Misericordia, que seamos eternamente felices en la grandeza y el gozo de ese Amor. Pero para ello el Hombre-Dios, Jesús de Nazaret, tenía que sufrir y morir a causa de nuestros pecados, de los horrores y disparates que cometió el hombre -desde la simbólica pareja de Adán y Eva- y sigue cometiendo cuando no ama a Dios o no ama al prójimo; algunos incluso actuando con un odio endiablado. Después de esa oprobiosa muerte de Jesucristo en la Cruz, tenía que resucitar para abrirnos la Puerta del Cielo. Y así lo hizo.

Por eso, escribí hace muchos años un soneto enlazando la Navidad con la Semana Santa; un nexo indiscutiblemente cierto y absolutamente necesario para la salvación del hombre:

*A la mula y al buey, José decía:
“¡Cuánto brilla la nieve en la pradera
con la luz de un lucero al mediodía!
¿Habrá ocultado el mundo su ceguera?”*

*A la mula y al buey dijo María:
“De mi seno brotó la primavera;
ya la nieve se funde de alegría.
¿Habrá cantado el agua en la rivera?”*

*Tras la mula y el buey, Jesús dormía;
soñaba que en la nieve, con tijera,
recortaba una cruz de epifanía.*

*...Fluyó en sangre la nieve; de madera
fue su cruz; y tallamos la agonía
y el dolor en su carne nazarena.*

Sí. Nieve fundida, primavera en diciembre, alegría y canto. Porque durante las Navidades se funde la frialdad, la convivencia se hace más cálida, más familiar, más solidaria, más caritativa, más amorosa; y la alegría por cuanto se conmemora aviva el cántico de villancicos tan emotivos y populares como «Noche de paz», «A Belén, pastores», «Campana sobre campana», «El tamborilero», «Los peces en el río», «Arre borriquito»... y tantos otros.

Me atrevo a manifestar coloquialmente que casi todos somos mucho mejores esos días, en los que se abrazan al alma lo tradicional, lo íntimo y lo eterno. Por eso abrimos los corazones y procuramos que de ellos salga lo mejor de nosotros mismos. ¡Ojalá mantuviéramos esa bondad durante todo el año!

El contento no es sólo individual sino colectivo, social, en interacción transmitida. La ciudad parece renovada -antigua y nueva-. En sus calles -engalanadas con luces de ensueños- se respira un aire etéreo que acoge los villancicos de los campanilleros, con sus sonidos de panderetas, de zambombas, de cántaros o de triángulos metálicos, mientras por ellas deambula un enjambre de personas cargadas de paquetes con regalos o simplemente contemplando la iluminación y el ambiente.

Por cualquier lugar pueden encontrarse y contemplarse artísticos y preciosos Belenes que causan admiración a sus visitantes (algunos son auténticas obras de arte).

Así mismo se reúnen gastronómicamente los compañeros de trabajo, los amigos y -por supuesto- las familias, que adornan sus casas con bonitos motivos navideños y un árbol de Navidad decorado con sencillez o muy peripuesto. En algunas se monta un iluminado Nacimiento -de mayor o menor tamaño- donde no faltan el Niño, la Virgen, San José, la mula, el buey, el Ángel encimado en el Portal, los tres Magos, los pastores, sus rebaños, casitas, un pozo, una noria, caminos, un puente sobre un río (a veces fingido con papel de plata), etc.

En lo más alto de una montaña (tradicional y generalmente de corcho) se divisa el Castillo de Herodes, quien sintió celos del Niño Jesús cuando, al pasar por Jerusalén los Magos, éstos le preguntaron por el nacimiento del Rey de los Judíos. La respuesta de Herodes el Grande, que era el rey de Judea en calidad de vasallo de Roma, fue suplicarles que cuando lo encontraran le indicasen a su regreso dónde estaba ese niño. Los Magos, avisados en sueño, modificaron el itinerario de vuelta, por lo que -al no recibir el malvado Herodes la respuesta que había requerido- ordenó matar en Belén y sus alrededores a todos los niños menores de dos años; a estos bebés asesinados se les denomina -como sabéis- los Santos Inocentes. Jesús se salvó de la matanza porque, enterados José y María -también por un sueño- de las intenciones del Rey de Judea, habían huido a Egipto con presteza.

Por otra parte, son significativos los balcones de nuestras ciudades que muestran durante las Navidades un lienzo con la imagen del Niño Jesús y pocos los que cuelgan en ellos un Papá Noel (Santa Claus o San Nicolás), escalándolos como sustituto de los Reyes Magos; aunque para muchos cristianos no deja de ser un intruso, todos sabemos que está bastante extendido por los países occidentales.

Aquí en algunos hogares se reza o se leen los pasajes de los Evangelios; en muchos se cantan villancicos, acompañados al menos de panderetas. En el nuestro nos reunimos con los seis hijos,

yernos, nueras y los catorce nietos; éstos nos hacen sentir y disfrutar aún más con un teatrillo evangélico que cada año modifican y mejoran.

Creo que quienes somos cristianos debemos además dar gracias a Dios por haber venido a salvarnos y por todo lo que nos da, espiritual y materialmente. Hemos también de recordar con cariño a los seres queridos que ya no están con nosotros, a las personas en soledad, a las que sufren física o psicológicamente, a las que no son felices ni siquiera en estos días, a las que mueren de hambre en la niñez, a las que desesperadamente buscan en pateras una vida mejor o simplemente vivir y a las que no tienen salud o posibilidades económicas para celebrar tan singular acontecimiento. Y aún podríamos continuar citando otras muchas.

Tal vez sea la Noche Buena el momento más propicio para esa acción de gracias y para pedir el milagro de que se eliminen -o, al menos, disminuyan y se mitiguen- tantos dolores, necesidades y carencias que existen en este mundo.

La traca final de las Navidades se produce precisamente en la Epifanía, la manifestación de Jesucristo al mundo, dándose a conocer a través de la llegada y adoración de los Reyes Magos. Esta fiesta se celebra con una enorme eclosión de luz, de ilusión, de fantasía, de alegría, de bullicio, de algarabía, de entusiasmo, de felicidad, de añoranzas y de solidaridad, que se palpa y se vive como en herencia al paso de la espléndida y fugaz Cabalgata de los Reyes Magos, cuando padres y abuelos nos volvemos niños de algún modo, pues nos sentimos como niños, aupamos en brazos al más pequeñín de la familia y hasta nos arrojamamos al suelo con él para recoger unos caramelos que después quizás ni siquiera saboreamos.

Esa madrugada los verdaderos infantes duermen nerviosos, pero esperanzados en que los Reyes van a ser espléndidos y les van a traer los juguetes que les pidieron en una tímida carta rebotante de inocencia y de esperanza, probablemente encabezada con un «Queridos RR.MM.» seguido de: «Como me he portado bien» o «Aunque no me he portado muy bien»...

A la mañana siguiente, tras saltar de la cama y ver los juguetes, los niños parecen reventar de felicidad; siguen nerviosos pero triunfantes: Corren, saltan, gritan. «¡Mira, mamá, ...lo que yo pedí! Mira, papá, ...qué chuli. ¿Jugamos?». Y los padres desde su recuerdo y su añoranza se sienten aún más niños y disfrutan casi tanto como sus hijos. Bendito el amor y bendita la inocencia.

Pero para que lleguen los Magos de Oriente (no eran Reyes, sólo Magos, Sabios, Hombres de Ciencias) hemos de colgar en nuestro Nacimiento virtual una brillante estrella sobre el Portal de Belén, pues gracias a ella Melchor, Gaspar y Baltasar (al parecer quizás fueran más de tres) localizaron al Niño-Dios, ante el que se postraron y le entregaron oro, incienso y mirra. Estoy seguro de que lo decidieron con su mejor voluntad, convencidos de que le ofrecían los mejores y más significativos dones. Sin embargo, como esos regalos nunca me parecieron adecuados, concluyo con otro soneto, en el que les muestro mi discrepancia:

*¿Por qué le traes a Dios el oro frío,
las densas avaricias del pagano?
¿Por qué, Melchor, si el Niño es más que humano
y quiere corazones en vacío?*

¿Por qué le traes a Dios el polvo umbrío,

*la sal de la lisonja, lo mundano?
¿Por qué, Gaspar, si el Niño es Sol cercano
y viene con la luz del albedrío?*

*¿Por qué le traen a Dios la flor del llanto
si el Niño es la raíz de la alegría?
¿Por qué de Baltasar esa osadía?*

*Dejadle, nobles Reyes, vuestro manto;
dejadle sus estrellas, nuestro anhelo,
que el Niño va a elevarlas hasta el Cielo.*

Nada más. Muchas gracias y Feliz Navidad a todos.